

Eran las 8.15 de una mañana de otoño, corriente para todos los niños que acudíamos a esa escuela a diario. Corriente para todos, menos para la persona de la que les contaré su turbulenta historia. Yo en mi somnolencia de aborrecer las largas clases, no me percaté de la presencia de aquel discreto compañero, que acababa de unirse a nuestro curso hasta que la profesora lo presentó delante de los alumnos.

Einar Aroca, intranquilo pero callado, con los ojos del que todo lo que ve le parece nuevo, de piel morena, valiente extranjero que abandonó a la familia en su tierra natal, ahora se mostraba algo nervioso, a sus ocho años en frente de sus treinta compañeros de cuarto de primaria. Solo esbozó una ingrátida sonrisa cuando le dimos la bienvenida que doña Amparo nos pidió que le diésemos. Y quizás tras ese momento, se convirtió en un fantasma, de andares muertos por el patio y apariciones espectrales. Ni cuando vagaba sobre el ardiente asfalto los días de sol más fuerte parecía que sobre él no sucediera una solitaria noche lluviosa.

Durante las horas lectivas siempre se le veía tan vacío como el pupitre de su lado, y procuraba hablar poco pues, con el tiempo observó como sus comentarios se convertían en motivo de mofa. Era un suplicio para Einar Aroca ver como en las actividades en grupo, todos se negaban a integrarlo. Pero mayor tormento, era ver la insatisfacción de aquel compañero al que por obligación del maestro, se le forzaba a estar con él, como si de un castigo se tratase. Y que era yo, sino otro cobarde que no entendía porque Einar recibía este trato, y que por miedo a recibir el mismo rechazo que él, me comportaba como los infames niños que simplemente miraban para otro lado cuando los más crueles comenzaron con los insultos más viles. ¿Acaso ese chico hizo algo malo?

Pasó el tiempo, y el invierno llegó a Einar Aroca como el soplo de aire gélido que se lleva toda esperanza, tras unas navidades en las que apenas pudo disfrutar de sus padres por las largas jornadas de trabajo. Con negligencia tuvo que volver a clase y parecía que el mundo se le venía abajo. Lo primero que nos preguntó doña Amparo fue acerca de los regalos que habíamos recibido, unos mostraban el último juguete que había salido al mercado, otros la última consola, equipaciones de sus equipos favoritos, muñecas, balones... sin embargo, Einar Aroca solo recibió aquel abrigo color marrón oscuro que ese día llevaba puesto, pues su familia necesitaba dinero para costear el tratamiento de la grave enfermedad que padecía su abuela. Tras unas repentinas burlas hacia Einar por lo pobre que era su regalo, la profesora evocó una leve riña que a Einar satisfacía casi tan poco como las consiguientes disculpas vanas. Llegó el recreo y aquel fantasma ya no vagaba por el patio, pues sabía que ningún grupo quería que se acercase y que al máximo contacto que aspiraba era al impacto de un balón de fútbol si se acercaba a la pista. Fue cuando se coló el balón con el que los chicos jugaban en el tejado, que los brutos buscaron la manera de desahogar sus frustraciones con Einar, y en ese instante vi una de las mayores muestras de coraje de mi vida, el como Lucía Cisneros, una de las compañeras más listas de la clase les plantó cara diciéndoles que lo dejaran en paz. Así los crueles niños se fueron con la rabia encorsetada y no volví a ver a Einar en ningún recreo hasta dentro de mucho tiempo.

Pasaron los meses, y mis preguntas acerca de donde se escondía cada recreo se hacían más preocupantes, empecé a intentar hablar con él pero era muy reservado, no entendía bien si es que yo le incomodaba, le aterraba o por el descenso de su autoestima no quería a nadie a su alrededor. La mente de un niño es un universo. Luego le pregunté a Lucía Cisneros sobre lo que hacía Einar en los recreos, me dijo que tenía un misterioso

escondite pero que no le confesó el pertinente paradero, que su sola presencia en el patio causaba problemas. No pude evitar intrigarme sobre aquel escondite, y cada día que sonaba la campana sigilosamente le seguía, hacía una ruta muy meticulosa y calculada, rodeaba el patio por la parte trasera, se metía en el pabellón deportivo y salía por el otro extremo y entonces desaparecía, en una zona desierta en la que solo había un enorme árbol. Llegó la primavera, y aún no sabía cual era su escondite, hasta que un recreo comprendí que debía de subir el gigantesco y robusto árbol. No hubiese podido llegar a la copa si no fuera porque Einar me tendió su mano. Y allí estábamos sobre los tejados acariciando el cielo y miramos a los niños jugando, y me dijo "Ves desde aquí lo graciosos que son". La mente de un niño es un universo, y la de Einar Aroca es formidable.